

La Fragua de los tiempos abril 30 del 2006 No. 686

Los yanquis en Parral y los recuerdos del ing. Edgar Kock(Parte II)

Uno.- Los antecedentes

Hace noventa años el 9 de marzo de 1916, un pequeño ejército de trescientos revolucionarios villistas asaltó Columbus, población del condado de Deming, Nuevo México, ubicada frente a Palomas, poblado del municipio de Ascensión.

Entre la nebulosa de causas que los historiadores han sustentado y las versiones que el imaginario popular ha esparcido libremente, hay una razón principal que determinó este ataque de Villa contra los norteamericanos, el reconocimiento del gobierno de Estados Unidos al gobierno de Venustiano Carranza en octubre de 1915.

Para lograr este reconocimiento, Carranza aceptó compromisos que violaban la soberanía mexicana y ante eso el general Villa consideró que había llegado el momento en que todos los mexicanos tenían la obligación patriótica de unirse para enfrentar a los norteamericanos y al gobierno entreguista de Venustiano Carranza, así lo hizo saber por medio de una carta que le escribió al general Emiliano Zapata y así se lo comunicó, incluso a otros jefes revolucionarios con los que en años anteriores se había enfrentado, tal fue el caso del general Marcelo Caraveo a quien hizo llegar una proclama para luchar por el interés de la patria.

Como antecedente de la invasión a Columbus se debe tener presente que el 10 de enero de 1916 un grupo de villistas dirigidos por el joven general Pablo López, detuvieron el tren que se desplazaba entre Chihuahua y Cusihuiriachic, bajaron a diecisiete norteamericanos y acto seguido los fusilaron.

En respuesta a estos dos acontecimientos, y sin que mediara ninguna negociación con el gobierno de Carranza, el 15 de marzo cinco mil yanquis invadieron México, cruzando la línea fronteriza por el pueblo de Palomas, luego se sumaron otros cinco mil, conformando un ejército de diez mil soldados cuyo objetivo principal se definió en el mismo nombre de "expedición punitiva", es decir la expedición para castigar al general Francisco Villa.

En la mente de John J. Pershing máximo jefe de este ejército invasor, de sus generales subalternos así como de los oficiales que lo acompañaban, esta campaña se presentaba como un leve paseo que terminaría en unos cuantos días, después de los cuales retornarían a su país cubiertos de gloria, con el general Villa amarrado como una fiera, demostrándole así a todo el mundo que nadie podía burlarse impunemente de los Estados Unidos.

El mayor Tompkins era uno de aquellos oficiales engreídos al que alguien le dijo que Villa acostumbraba refugiarse en las serranías del lado de Parral y que allí era el lugar indicado para atraparlo. Con esa idea Tomkins emprendió la marcha hacia el sur del estado, llevando bajo su mando cuatro escuadrones de caballería.

Salió de Casas Grandes el 22 de marzo, de allí pasó por Namiquipa, San Antonio de los Arenales, Santa Rosalía, hasta llegar a Valle de Zaragoza el día 10 de abril, después de varias jornadas de aproximadamente veinte kilómetros diarios. El día once de abril avanzaron a Santa Cruz de Villegas, iban agobiados por el hambre, pero pensaban que llegando a Parral comerían bien y se podrían dar un buen baño de agua caliente en el club social de mas categoría, y no solamente eso, también pensaban que con algo de suerte hasta un buen baile les organizarían las señoritas de esta ciudad donde vivían varias decenas de familias de origen norteamericano.

Por fin llegaron a Parral el día 12 en la mañana, el mayor Tomkins se extrañó de que nadie saliera a recibirlo oficialmente. Inmediatamente se dirigió al cuartel mexicano, donde dialogó

por mas de dos horas con el general Ismael Lozano, jefe militar, quien le advirtió que no podían entrar las tropas a la ciudad, sin embargo desde que se había iniciado la plática entre los dos militares, todos los soldados yanquis se habían instalado en la plaza de San Juan de Dios .

En su libro “La expedición punitiva”, Alberto Salinas Carranza hizo una reseña detallada de estos acontecimientos y al respecto escribió lo siguiente:

“Cuando Tompkins se dirige a su gente para montar y conducirla a las afueras del pueblo, la multitud comienza a dar señales de agresividad, y surgen gritos de Viva Villa y Viva México.

La multitud está enfurecida; manos armadas y rostros contraídos, muestran la indignación del pueblo ante los invasores, a los que dan alcance antes de que lleguen a la orilla del pueblo, sonando entonces los primeros disparos, que hacen rodar muertos a un soldado y a un cabo americanos.

La señorita Elisa Griensen, perteneciente a una de las mejores familias de Parral, cuñada de don Pedro de Alvarado, rico minero dueño de la mina La Palmilla, encabeza la multitud con un mauser en la mano, arma que arrebató del armero de la guardia apostada en el edificio, y arenga a los parralenses, despertándoles el patriotismo. Ha sido ella precisamente la que disparara los primeros cartuchos contra los americanos y la que se dirige a Tompkins exigiéndole salir inmediatamente. Esta valiente muchacha aún vive y está casada en Parral con un ciudadano americano.

La columna está desconcentrada; ha visto caer a dos de sus hombres, muertos al contacto con la multitud, guiada por la bella mujer, multitud que poseída de terrible indignación, los envuelve, los rodea, llegando al mismo Tompkins, a quien acorralla y dirige amenazas, hasta que éste, acobardado ante el peligro, se ve obligado a complacer al pueblo, gritando con toda la fuerza de sus pulmones, un estentóreo Viva Villa.

La columna hizo alto a una distancia de un kilómetro de las últimas casas de la población, habiendo recibido en dicho lugar, una comunicación del general Lozano, urgiéndole retirarse aún más, cosa a que el comandante americano accedió, acelerando la marcha.

Los jefes y oficiales de la guarnición habían logrado, mientras tanto, calmar por el momento a la población civil.

Dos.- La versión de dos historiadores chihuahuenses

La versión de Alberto Salinas Carranza puede considerarse como la oficial, sin embargo varios historiadores locales también publicaron su propia reseña y de estas vamos a presentar dos, la del historiador Benjamín Herrera Vargas y la de Francisco R. Almada.

Durante los trabajos del Congreso de Historia de la Revolución celebrado por la Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos los días 21,22 y 23 de julio de 1983 en Hidalgo del Parral, el historiador de ciudad Juárez Benjamín Herrera Vargas presentó una ponencia de donde transcribimos su versión de los hechos, tal y como según afirmó se los narró personalmente Elisa Griensen.

Esto fue lo que escribió en su ponencia:

“Las mujeres de México han sabido escribir páginas gloriosas, en la Independencia, en la Reforma y en la Revolución; con Hidalgo, Juárez y Madero. Así recomendamos a doña Josefa Ortiz de Domínguez, a la Leona Vicario, a Mariana del Toro de Lazarín, a Antonia Nava, a Margarita de Juárez, a Lucrecia Toriz, a Petra Herrera. Heroínas de mi patria, que ya nunca las podremos ver, porque sus cenizas están confundidas con la madre tierra, pues ha mucho tiempo que dejaron de existir físicamente; pero a la que sí pudimos ver y admirar

de 1965 a 1972 fue a Elisa Griensen, la “Heroína de Parral”, con la que platicamos muchas veces. Mis respetos y admiración para esta heroína de la patria mexicana, de esta patria nuestra que nos legó el Padre Hidalgo.

Se convirtió en heroína de la Revolución Mexicana el 12 de abril de 1916, cuando las fuerzas invasoras de la llamada Expedición Punitiva, al mando del mayor Frank Tompkins, entraron arbitrariamente hasta la plaza de San Juan de Dios de Parral, contra la orden y voluntad del presidente Venustiano Carranza.

La plaza estaba guarnecida por tropas mexicanas del general Ismael Lozano, siendo presidente municipal don José de la Luz Herrera, quien no quiso hacer nada por desalojarlos; siendo entonces cuando surgió imponente la jovencita parralense, la niña Elisa Griensen de trece años de edad.

Ella tomó las riendas del caballo, que montaba don José de la Luz y cara a cara le reprochó así:

—¡Oiga usted, señor presidente, oiga don Lucho, cómo es posible que no haga nada usted para desalojar a los gringos de Pershing! ¡Qué no hay hombres en Parral! ¡Que si ustedes los hombres no lo hacen, nosotras las mujeres de Parral lo vamos a hacer!

Don Lucho le contestó:

—¡Cómo se me hace muchachita, que a la hora de freír huevos van a faltar cazuelas!

—Pues... nada más déme una hora para organizar a las mujeres y a los niños de la escuela y ya verá... ¡Que si en Parral faltan pantalones, entonces van a sobrar enaguas!

Así lo hizo, trajeron las mujeres las armas que tenían en sus casas, arrebataron las carabinas a algunos de los soldados carrancistas (que en verdad no ofrecieron mucha resistencia) y se arrojaron ellas, las mujeres de mi patria, sobre las tropas invasoras.

Me dijo doña Elisa, que en verdad ella no sabía manejar las armas, pero que le pidió el favor a un desconocido (era un villista observador disfrazado) quien le preparó su rifle, empuñándole con inusitado valor y bravura, disparándolo varias veces “tumbando” a tres invasores.

Aquellas mujeres mexicanas rodearon al comandante norteamericano, mayor Frank Tompkins, a quien poniéndole los rifles en la cabeza, le advirtieron que si no quería morir se gritara con todas sus fuerzas: “¡Viva Villa!” “¡Viva México!” Así lo hizo, y sus gritos de angustia se oyeron en todo el pueblo. Mientras tanto las mujeres y los niños de Parral, con algunos y pocos adultos arrojaron al invasor a balazos y pedradas.”

Por su parte el historiador Francisco R. Almada en la página 311, del segundo tomo de su libro “La revolución en el estado de Chihuahua” tomo II, escribió de manera muy concreta y sin mayores comentarios lo siguiente:

“El 11 de abril un escuadrón de soldados angloamericanos pertenecientes al 13º Regimiento, bajo el mando del mayor Tomkins sin previo aviso a las autoridades locales y pasando sobre la prohibición existente de penetrar a las poblaciones, se metió a la ciudad de Hidalgo del Parral y acampó en la plaza Guillermo Baca (San Juan de Dios) con el pretexto de adquirir algunas provisiones de boca. El jefe de las Armas, general Ismael Lozano y el presidente municipal José de la Luz Herrera, advirtieron inmediatamente al jefe de la partida que debería retirarse desde luego, en virtud de que existía prohibición de que penetraran a los poblados.

El pueblo en general y los alumnos de la Escuela Oficial Núm. 99 se agruparon en actitud violenta en contra de los invasores, quienes fueron agredidos con armas y piedras y tuvieron que retirarse en forma precipitada en dirección a la hacienda de Santa Cruz de Villegas, en donde estaba su base, habiendo tenido un muerto y tres heridos. Fueron seguidos hasta las cercanías de dicha hacienda por el coronel Manuel Orozco, con una sección de soldados y paisanos, y se tirotearon varias veces “.

Tres.- el testimonio del señor Edgar Kock

En La Fragua de la semana pasada explicamos como obtuvimos el testimonio del ingeniero Edgar Kock y presentamos una parte del mismo, donde narra las mentiras del mayor Frank Tomkins. Ahora estamos publicando la parte donde narra como fueron realmente los hechos en los que él participó como alumno de la Escuela No. 99 de Hidalgo del Parral:

“Lo he dicho y afirmado tantas veces que la señorita Elisa Griensen (hoy señora de Martínez), no fue la persona que encabezó el movimiento que obligó a las tropas americanas a abandonar, en abril de 1916, la ciudad de Parral. Sin el menor asomo de molestar a la señora Martínez, ni mucho menos restarle méritos a su digna y valiente actitud, he de asentar y repetir nuevamente que fuimos los niños del grupo del sexto año de la Escuela Oficial 99, los que iniciamos los actos que en ese 12 de abril de 1916 tuvieron lugar.

A los alumnos de aquellos años se nos inculcó y quedó bien grabado en nuestro corazón el amor a la patria, el culto a sus héroes y la honra de la nacionalidad. Fue así como al mediodía del 12 de abril de 1916, al salir hollado por la planta del invasor, en la llamada Expedición Punitiva del general Pershing contra Villa, dimos rienda suelta a nuestros sentimientos y gritamos con toda la fuerza de nuestros pulmones: “¡Viva México!, ¡mueran los gringos!”

Valentín Ávila, Gregorio Carrillo, Pedro Caballero “El Serrucho”, Carlos Bejarano, Carlos Kock, Rafael Sepúlveda y el que esto escribe, despertamos de su apatía y sorpresa a los hombres que hacían corrillos en la Plaza Guillermo Baca. Nuestros gritos fueron suficientes para que el oficial que mandaba la columna diera orden de montar. Los soldados americanos estaban tirados a la bartola en la acera, desde el Puente de Guanajuato hasta la casa de la familia Esperón, que hoy ocupa la Terminal de Transportes Chihuahuenses.

De la palabra pasamos a la acción y fue así como Gregorio Carrillo acertó un piedrazo en la cabeza a uno de los soldados invasores ya montados. Las piedras de la calle eran nuestras únicas armas.

Los norteamericanos se retiraban por la avenida Centenario, pasando por la estación de los FF. CC. y siguiendo la vía que va a Jiménez hasta la curva que da frente al presón de San Rafael. Para entonces algunos civiles habían empezado a usar sus armas de fuego y mataron al sargento Richley, que estaba parapetado en el terraplén de la vía del FC, protegiendo la retaguardia de la columna que seguía caminando al norte. Acamparon esa misma noche los invasores en Santa Cruz de Villegas.

La señorita Griensen ciertamente tomó parte activa, pero cuando ella recorrió las calles de la ciudad montada en un “buggy” de su cuñado don Pedro Alvarado de la Plaza Guillermo Baca al Puente de Guadalupe, las tropas americanas ya estaban prácticamente fuera de la población.

El día 14 de abril de 1916 en el coche diligencia de la Casa Stallforth (la ferretería) fuimos hasta Santa Cruz de Villegas don Agustín Garmendinger, don Enrique Kunding, don Pepe

Gasser, don Federico Jacoby, mi padre y yo y al llegar encontramos que las tropas americanas habían evacuado el lugar ese mismo día en la mañana.”